

Entre Costuras



Pues ciertamente en Mi Calle, que es de las cosas que allí veía de lo que a mi me gusta hablar, no hubo que yo sepa tienda ni comercio donde se vendieran máquinas de coser. Pero se de como y por donde iba el asunto porque entre mi casa y la de enfrente me movía “Entre Costuras”

... Digo bien que la máquina de coser revolucionó el mundo del bordado que hasta entonces, de toda la vida, había sido artesano. Eso sin menoscabo de que el de las costureras también porque durante mucho tiempo se siguió cosiendo a mano, y aún todavía. Pero fue realmente la manera de bordar lo que más se revolucionó cuando aparecieron las primeras máquinas de coser con motor que, de tan novedosas, las llamaban en sus comienzos “automáticas”. Vamos, como si funcionaran solas.

¿No es verdad que dicen de los olores, que son de los sentidos el que más perdura a la hora de recordar cosas que vivimos hace mucho tiempo?. Pues a mi me pasa lo mismo con los sonidos... por eso cuando pienso en una máquina de coser enseguida se me viene a la memoria ese ronroneo de las tradicionales funcionando a pedales: Un casi empujoncito de mano al volante con la vista puesta en la primera puntada. Perfecta coordinación con el suave movimiento de la articulación tibio-peroneo-astragalina (que se note que estudié anatomía).

Un primer balanceo del pedal sobre el que se apoyaban las dos piernas, una empuja y la otra retiene y si es necesario frena, (mucho mas suave y armoniosamente, donde va a parar, que el embrague de un coche). Movimiento de aceleración sincopada de toda la máquina en perfecta sintonía con el cuerpo de la costurera que sabe... Y enseguida, el ronroneo que se escucha sobreponiéndose muy quedo por encima de las conversaciones de las modistillas. El ruido del corazón mismo del taller era lo que se oía cuando la dos máquinas de coser que tenía Trini en su taller funcionaban: una Singer y otra Alfa.

Hacer dobladillos, hilvanar, forrar bajos, incluso echar desanchas y cortarlas y mucho más podía hacer cualquier aprendiz aplicada pero cargar canillas con presteza y echar buenos pespuntos cortos, seguros, rectos unos sinuosos otros siguiendo las marcas sin tener que parar la máquina, solo la Maestra y las veteranas casi oficiales.

No se mezclaban mucho o nada las bordadoras con las costureras, que de bordado no había talleres... hasta que llegó la revolución

de las máquinas automáticas, capaces de dar en una hora mas puntadas que las que cualquier bordadora en su casa trabajando toda la mañana. Así fue que a partir de entonces casi todas las prendas de los ajueres de las mocitas casaderas llevarían bordadas sus letras y preciosas cenefas con artísticos dibujos en sábanas, manteles, toallas, pañuelos, y otras prendas personales para la noche de bodas.

Yo conocí uno de aquellos -mezcla de Taller y Academia- que instalaban los representantes de las máquinas eléctricas donde enseñaba a quienes las compraban practicando durante un tiempo hasta que sabían lo suficiente para seguir bordando ellas solas en su casa. Y eso no era ya el ronroneo suave y quedo del taller de Trini donde las costureras. Aquí un trepidar laborioso como de fábrica todas las máquinas a un tiempo. En este que digo yo estaba en la Calle de El Peso y lo regentaba Jacinto, todas Alfa, representante concesionario de la marca, suegro de mi hermano Pepe y padre de mi amigo Salva que fue novio de Araceli mi hermana. Allí su hermana pequeña, Leli, que terminaría siendo mi cuñada (a lo que el

nunca llegaría), con todavía 15 años novia ya de mi hermano, ayudaba a su padre (que se ausentaba mucho para visitar la taberna) enseñaba al tiempo que bordaba “para la calle” lo que las alumnas le encargaban.

Había otros como el de la Plaza Nueva que nos relataba en un comentario Antonio Cruz recordando cuando esperaba por las tardes a que su novia, hoy esposa, terminara con las clases que tomaba. Desprendían ilusión sus palabras (la misma que sentían los otros que le acompañaban) cuando contaba lo bonito de verlas salir, con la prisa impaciente del saber que las esperaban, cada una con su labor propia en su bastidor sin patas para enseñarles el progreso de lo que bordaban... ¡Cuántos ajuares y mantelerías no se hicieron entonces! aprovechando las clases a las que acudían mozas en edad de merecer, casaderas alguna, aprendizas no ya tan niñas.

Pues eso, que desde que aparecieron aquellas máquinas automáticas empezó la revolución de bordadoras y costureras. Claro que ese mismo tiempo también trajo consigo además

de las máquinas Singer, Sigma y Alfa, otras revoluciones igualmente importantes en el mundo de las ideas de costureras, modistillas y bordadoras. Trajo algo mucho más decisivo que cambiarían a todas la forma de vida imperante hasta entonces:

La Revolución de la Libertad y la Igualdad entre hombres y mujeres... ¡Ese sí que fue un buen invento!.